

surgen Tratados de la más variada temática, y aquí se encuadra el que da a conocer la publicación que comentamos.

Para hacer el reparto de aguas era necesario, después del siglo XVII, tener conocimientos y prácticas de aritméticas práctica y especulativa, geometría teórica y práctica, de cosmografía, de hidrografía, y otras ciencias afines, cuya acreditación se obtenía mediante un examen. La actividad se agrandaba además con la elaboración de mapas de las haciendas agrícolas y las haciendas de beneficio del mineral, también para el levantamiento de planos de las casas.

El Tratado de la medición de aguas, objeto principal de esta edición, tenía justificada su aparición porque evitaba errores en las medidas y pesos de las aguas a reparar, además proponía la manera de corregir los defectos más comunes que presentaban aquellos, antes de adoptar decisión alguna.

Libro necesario para quien quiera adentrarse en la temática que influyó notablemente en el desarrollo de la riqueza y prosperidad de pueblos mexicanos en la época virreinal, en cuyas páginas se presenta la interdisciplinariedad de ciencias y técnicas en la Edad Moderna, con un estudio historiográfico importante.

Manuel Castillo Martos

Medicina y Humanidades

DIEGO GRACIA GUILLÉN (COORD.)

Real Academia Nacional de Medicina

y Fundación de la Real Academia Nacional de Medicina, Arán Ediciones, Madrid, 2011

ISBN: 978-84-92977-28-4

La Real Academia Nacional de Medicina ha publicado una monografía dedicada al estudio de la medicina y las humanidades, coordinada por el profesor Diego Gracia Guillén, y en la que han participado investigadores de reconocido prestigio como José Lázaro, Josep María Comelles, Francesc Borrell, Rosa Ballester, Adela Cortina, Luis Sánchez Granjel, Fernando López-Ríos, Josep Elías García Sánchez y Cristóbal Pera Blanco-Morales. Este libro es el fruto de un Ciclo que se llevó a cabo en el seno de la citada institución con el propósito de ofrecer un panorama del estado actual de las Humanidades médicas. El profesor Diego Gracia en la introducción de la obra señala una idea que compartimos plenamente y que creemos es el motor de la monografía: «*La desatención del cultivo de las Humanidades médicas es tanto más preocupante cuanto el humanismo ha sido siempre santo y seña del buen arte de curar*».

Si sólo hubiera sido ésta la intención del coordinador de la obra y de los autores de cada uno de los capítulos ya la habríamos dado por buena; pero además encontramos otro firme propósito, ofrecer una síntesis actualizada sobre tan importante cuestión. Al no estar publicado este libro por editorial de relumbrón con medios suficientes para hacer grandes promociones se puede correr el riesgo de que sus contenidos no se divulguen y no se conozcan lo suficiente, por este motivo redactamos estas líneas para llamar la atención sobre el valor de las ideas que se recogen en el mismo.

Las primeras palabras deben ser para el coordinador de la monografía, Diego Gracia Guillén; evidentemente a este profesor, historiador y filósofo madrileño no hace falta presentarlo, ahí está su obra académica e intelectual que lo avala; tampoco hace falta hacer una exhaustiva nómina de sus artículos y libros, pero sí me gustaría recordar aquí dos obras suyas, aunque alguien me puede decir con razón que acorto mucho la obra: «*Fundamentos de bioética*» y «*Voluntad de comprensión. La aventura intelectual de Pedro Laín Entralgo*». Dos obras clásicas sobre las que, sin duda, habrá que volver una y otra vez. Conviene recordar que el profesor Diego Gracia ha organizado, durante muchos años, un Máster de Bioética que ha contribuido y contribuye a formar a muchos sanitarios en la deliberación de los problemas que afrontan cada día en su ejercicio profesional y clínico, y que esto ha supuesto sin duda un salto cualitativo para el humanismo médico en nuestro país y en otros ámbitos. No me puedo extender mucho en este proemio, pero me gustaría llamar la atención sobre su labor en el seno de la Real Academia Nacional de Medicina, quizás menos conocida, pero muy comprometida desde que ingresó en 1990 al ocupar el sillón número 41 (Bioética) con un discurso sobre el principio de no maleficencia como fundamento de la ética médica; recientemente, en enero de 2011, ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, con un discurso que en muchos aspectos tiene que ver con el libro que aquí reseñamos y que lleva por título «*La cuestión del valor*», en el que se pueden encontrar reflexiones en las que aparecen Zubiri, Husserl, Heidegger, Ortega, Morente y otros, y sobre todo una serie de capítulos en los que se intenta articular un programa para el siglo XXI. Pensamiento vivo, pues, y que como tal se somete a la luz pública y al debate, esencia de una sociedad democrática, esto hay que recordarlo porque en los tiempos en que vivimos parece que se está olvidando.

Diego Gracia en este libro realiza disquisiciones académicas muy interesantes, diferenciando las «*viejas*» y las «*nuevas*» humanidades, situando la frontera entre unas y otras en la reacción del siglo XVIII y en la aparición del nuevo espíritu científico que en el XIX representó el positivismo, dando lugar a las llamadas *Ciencias morales y políticas* (Francia), las *Ciencias culturales o ciencias del espíritu* (Alemania) o las *Ciencias sociales* (ámbito anglosajón). Formando parte de este grupo la psicología experimental, la sociología empírica, la antropología social y cultural, la historia documental, etc. O sea, y muy resumidamente, que las nuevas ciencias sociales de-

bían convertir al hombre, la sociedad y la cultura en objeto de análisis riguroso, un obligado complemento de las ciencias naturales tan emergentes desde la época de Galileo y de Newton.

Diego Gracia, en una espléndida síntesis, ha sabido ver que todo esto tuvo su repercusión en el mundo de la medicina, señalando que por humanismo médico se entiende a veces el cultivo de las Bellas Artes, «al modo antiguo», y en otras el estudio de la salud, la enfermedad, la curación y la asistencia sanitaria como fenómenos culturales, a través de las llamadas «ciencias sociomédicas» (Historia de la Medicina, Psicología Médica, Sociología Médica, Antropología Médica, etc.). Con todo lo dicho el profesor Diego Gracia se quedaría en una feliz y didáctica síntesis académica; lo verdaderamente interesante de su labor durante años, y que se concreta en este libro, es haber señalado precisamente que esto no es suficiente, que el conocimiento humano no puede quedar reducido al conocimiento de los hechos, ni tampoco al de los valores entendidos como hechos, sino que necesita también ocuparse de los valores en tanto que valores, que evidentemente no puede ser objeto de ciencia, ni podrá llamarse científico («*es absurdo confundir conocimiento humano con conocimiento científico*»). Por eso, Diego Gracia, plantea las *Humanidades médicas* diferenciándolas en cierta medida de las *ciencias sociomédicas*, insistiendo que sobre los valores puede y debe pensarse, reflexionarse. Todo lo apuntado queda mejor con sus palabras: «*values based medicine*». Leamos ahora de forma más detallada sus argumentos:

«En el caso de las Humanidades médicas, esas disciplinas han sido la Historia de la Medicina, la Sociología médica, la Economía de la salud, la Antropología médica y la Psicología médica. Todas ellas versan sobre el ser humano, y por tanto manejan valores, pero en su dimensión o momento de hechos, bien históricos, sociales, económicos, etc. Por eso sobre las Humanidades entendidas de ese modo hay que levantar otro nivel, sin duda más importante que el anterior, que sirva de habitáculo a disciplinas que ya no son científicas sino filosóficas y artísticas y que tienen por objeto el análisis de los valores, pero ya no tanto que hechos sino como tales valores. Ahí es donde hay que situar la Filosofía de la medicina, la Epistemología médica, la Bioética o la Estética médica».

Este discurso del profesor Gracia Guillén se podrá compartir o no, pero sin lugar a dudas viene a remover las aguas del estanque que cultivamos cuando dice que «*las Humanidades en general, y las Humanidades médicas en particular, constan de dos partes, o están compuestas por dos niveles. Uno primero es el factual o descriptivo, objeto de las ciencias sociales o culturales. Y el segundo es el propiamente axiológico o valorativo, consistente en el análisis y gestión de los valores en tanto que valores*».

En este libro, José Lázaro, ofrece un panorama internacional de las Humanidades médicas, vertebrándolas en España en tres etapas: la primera representada por Cajal y Marañón; la segunda centrada en la figura de Pedro Laín y en la tercera juega un papel determinante el pensamiento que hemos resumido de Diego Gracia (dicotomía

entre hechos y valores, y la importancia de la deliberación), sin olvidarnos del papel jugado en todo lo dicho por el ya citado Máster de Bioética de la Universidad Complutense en las últimas décadas. Teniendo en cuenta todo esto Lázaro dice lo siguiente, muy en consonancia con lo apuntado por Diego Gracia:

«El método propio de las humanidades (incluidas las médicas) es la deliberación. El diálogo sobre los valores propios y ajenos consiste en un intercambio de argumentos que permite refutar las incoherencias y aproximarse a la verdad. Ese es el objetivo de la lógica dialéctica (...). Esta aproximación no podrá nunca transformarse en certidumbre, pues la certidumbre no existe en el ámbito de las humanidades. Existe la sensatez, la razonabilidad, la prudencia. El método deliberativo supone un intercambio de razones desde perspectivas distintas; un intento (...) de cuestionar la perspectiva propia para considerar la ajena...».

Hasta aquí algunas de las ideas nucleares de este libro, pero además el profesor Diego Gracia ha sabido rodearse de otras personas y perspectivas que enriquecen y convierten a este texto en una imprescindible monografía que, sin duda, debe ser tenida muy en cuenta entre los cultivadores de la Historia de las Ciencias y de las Técnicas que frecuentan y leen las páginas de *Llull*. Entre los firmantes aparecen veteranos como Luis Sánchez Granjel o Cristóbal Pera; el primero, ya nos tenía acostumbrado desde hace décadas a la reflexión y a la valoración de la literatura y la medicina, nuevamente aquí ofrece aquilatadas páginas sobre médicos novelistas y novelistas médicos (Felipe Trigo y Pío Baroja); el segundo, teniendo muy presente lo que escribió Emilio Lledó en el prólogo de uno de sus libros, entiende a la cirugía como *«uno de los momentos creadores del humanismo»*. Leyendo el capítulo de Cristóbal Pera, autor de *«El cuerpo herido...»*, creo que se llega a la conclusión de que la medicina, la cirugía, la enfermería y la fisioterapia, por ejemplo, son o pueden ser humanismo en acción. Este cirujano emérito escribe sobre el dualismo cuerpo/alma e incluso se atreve con un análisis crítico de la expresión «humanidades médicas»

Fernando López-Ríos escribe en esta obra un interesantísimo y didáctico capítulo en el que tiene como objetivo *«sintetizar cómo la figura del médico puede constituirse en un objeto museable»*; un paseo por tres generaciones médicas (la romántica, la isabelina y la *posibilitadora*; sin olvidar la generación de sabios y la del 98 y las de 1914 y 1931, además de un capítulo dedicado al médico en la pintura). García Sánchez hace lo propio con la medicina y el cine (un ámbito de estudio que nos está ofreciendo interesantes resultados para la reflexión y que cuenta con una excelente revista impulsada desde la Universidad de Salamanca). De la Bioética como una nueva forma de saber se encarga Adela Cortina, destacando sus argumentos sobre la ética de la actividad médica y el clima ético de las organizaciones sanitarias. Francesc Borrell escribe sobre comunicación y la salud, con interesantes propuestas para el debate sobre el modelo centrado en el paciente y la toma de decisiones compartidas, además de la importancia del contexto clínico.

El capítulo de Antropología y medicina lo escribe Josep María Comelles que consigue un sólido ensayo que abarca desde la práctica etnográfica a la antropología general, ofreciendo sugerentes ideas entre las que sobresalen las siguientes:

«Si el proceso fundacional de la antropología médica parecía resolver la escisión entre Medicina y Antropología, precisamente por la necesidad que tenía la Medicina de recuperar la etnografía como fuente de conocimiento, la situación actual es más compleja. En el proyecto clásico la etnografía operaba sobre todo en la marginalidad de la medicina. En la actual fase de medicalización, opera en el centro mismo del problema. La etnografía ya no se limita a lo marginal sino a los colectivos centrales de la sociedad contemporánea. Esto significa que la Medicina necesita comprender, mediante las herramientas etnográficas, lo que sucede en el piso de al lado del edificio de apartamentos, entre los grupos de jóvenes que acude a los Fast-food o con las mujeres de clases medias y altas que se atiborran de antidepresivos de última generación, o buscan la cirugía cosmética para asegurar su identidad».

No se puede explicar mejor, pero Comelles ofrece más en epígrafes como «*Divergencias y convergencias*» o «*Un nuevo mercado de trabajo*». He dejado para el final el capítulo escrito por Rosa Ballester Añón; no porque me parezca menos importante, todo lo contrario, sino porque a estas alturas reflexionar sobre «*El papel de la historia de la medicina*» me parece una tarea muy difícil y uno de los encargos más complicados de este libro, por la gran cantidad de páginas que sobre el particular se han escrito desde Laín Entralgo hasta nuestros días. Rosa Ballester resuelve el reto con una gran eficacia, realizando una espléndida síntesis sobre las «*Funciones de la Historia de la medicina*», pero sobre todo cuando escribe de la historia en la salud pública y de la historia de la medicina desde la perspectiva del paciente, apartado en el que no olvida a Sigerist, Laín, Zubiri, Elvira Arquiola, Schipperges, Revel, Peter, Roy Porter, Salmón y otros, además de una aguda reflexión sobre las fuentes documentales y los ámbitos de investigación, todo ello presentado con una estimulante bibliografía para profundizar en las cuestiones estudiadas.

No dejen de leer este libro, estoy seguro de que encontrarán razones y argumentos para conservarlo en los anaqueles de sus bibliotecas.

Francisco Herrera Rodríguez